



“AVENTURAS DE PABLO Y PINGÜIN”

AVIADORES INTRÉPIDOS



Y antes de comenzar la historia que viene a continuación, una pequeña información para ampliar el conocimiento de las cosas.

Fundación Infante de Orleans:

La **Fundación Infante de Orleans (FIO)** es un museo de aviones históricos en vuelo con un origen que se remonta a 1984. En ese año, un grupo de profesionales de la aviación creó la **Sección de Aviones Históricos del Aeroclub José Luis Aresti**. Para consolidar esta iniciativa, se constituyó en 1989 la **Fundación Infante de Orleans**, con el objetivo de contemplar la más amplia colección posible de aviones que han jugado un papel prominente en el desarrollo de la aeronáutica española.



La colección de aviones de la FIO cuenta en la actualidad con **43 ejemplares de 32 modelos diferentes**, todos en perfectas condiciones de vuelo. Estos aviones representan un periodo muy importante de la historia aeronáutica de España. La FIO se dedica a la conservación del patrimonio aeronáutico mediante la preservación de aviones históricos y su exhibición en vuelo. Los primeros domingos de cada mes (excepto enero y agosto), los visitantes pueden disfrutar de la mayor colección de aviones históricos en vuelo.





Foto original © Paco Rivas, 2019



Aventuras de Pablo y Pingüín – Aviadores Intrépidos.

El Gran Día en Cuatro Vientos

Había una vez en Madrid, dos intrépidos niños llamados Pablo y Daniel Gabriel. Pablo, con sus gafas y su curiosidad insaciable, siempre estaba buscando nuevas aventuras. Su fiel compañero era Pingüín, un pequeño Pingüino de peluche que llevaba consigo a todas partes. Daniel Gabriel, era un nuevo amigo que había conocido en El Escorial, también compartía su pasión por la exploración y la emoción.

Un día soleado, los dos amigos se enteraron de una emocionante exhibición aérea organizada por la Asociación Infante de Orleans en el aeródromo de Cuatro Vientos. Aviones antiguos, acrobacias en el cielo y pilotos experimentados: ¡era el lugar perfecto para dos aventureros como ellos!

Llegaron temprano y se quedaron boquiabiertos al ver los aviones históricos en la pista. Pablo y Daniel Gabriel se imaginaban volando en esos magníficos biplanos y cazas de la Segunda Guerra Mundial. Pingüín también estaba emocionado y agitaba sus alas de peluche como si quisiera unirse a la diversión.



La exhibición comenzó con un rugido ensordecedor. Los aviones despegaron uno tras otro, realizando giros, bucles y picados. Los niños aplaudían y gritaban de emoción. Pablo soñaba con ser piloto algún día, mientras que Daniel Gabriel estaba fascinado por las maniobras arriesgadas.



Después de las acrobacias, hubo un concurso sorpresa. El premio: dos plazas en vuelo durante la exhibición. Los ojos de Pablo y Daniel Gabriel brillaron. ¿Podrían ser ellos los afortunados ganadores?

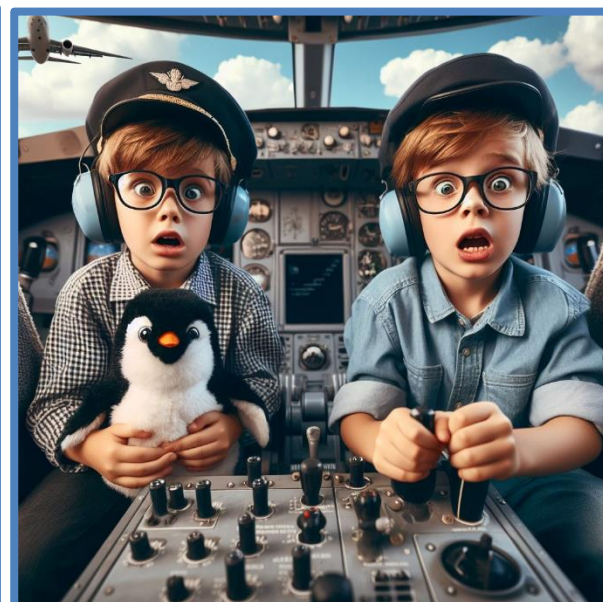
Se anunció el sorteo, y para su asombro, los nombres de Pablo y Daniel Gabriel fueron llamados. Saltaron de alegría y se abrazaron. Pingüin también estaba emocionado y agitaba sus alas aún más rápido.

Los dos amigos subieron al “Dragon Rapid” con un piloto experimentado. Los motores rugieron y el avión se elevó en el cielo. Desde las alturas, veían todo el espectáculo: las acrobacias, las nubes esponjosas y la ciudad de Madrid extendiéndose bajo ellos. Era una sensación indescriptible.





De repente, el piloto del “Dragon Rapide” se sintió indispuesto y se desmayó, quedando el avión sin control. Pablo y Daniel Gabriel sin dudarlo un momento tomaron los mandos con la ayuda de Pingüin, pero no sabían que hacer. Eran momentos de mucho nerviosismo. Pingüin con su magia habitual y con la radio del aparato se puso en contacto con la torre de control, comunicando lo que estaba pasando. La torre de control informó a Pablo y Daniel Gabriel como tenían que manejar los mandos y consiguieron estabilizar el aparato. Posteriormente enfilaron la pista de aterrizaje haciendo descender y aterrizar el “Dragon Rapide”, llegando todos sanos y salvos.



El sol brillaba en el cielo, y el aire estaba lleno de emoción mientras el avión aterrizaba en la pista. Los aventureros salieron de la cabina, sus caras aún pálidas por la experiencia, pero con una sonrisa de orgullo.

Pablo: “¡Daniel, lo hicimos! ¡Volamos un avión de verdad!”

Daniel: “¡Sí, Pablo! Y mira, el público nos está aplaudiendo. ¡Somos los héroes del día!”

Pingüin, con su bufanda ondeando al viento, también recibía aplausos. Parecía un auténtico aviador.

Pingüin: “¿Por qué no nos hemos quedado en casa jugando a las cartas, en lugar de volar en este trasto?”

Pingüin: “¡Kweh! ¡Bueno pero ha sido emocionante! ¿Podemos hacerlo de nuevo?”

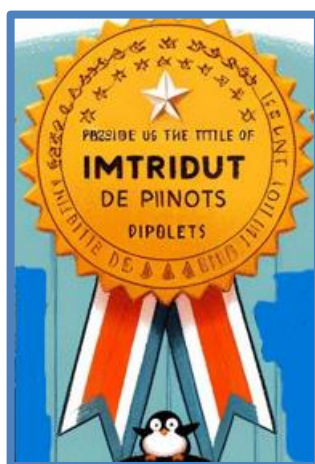
Los niños se tomaron de la mano y se inclinaron ante la multitud, agradeciendo los aplausos. El público vitoreaba y agitaba banderas.

Pablo: “¡Gracias a todos! ¡Esto ha sido la mejor aventura de nuestras vidas!”



Una ambulancia se llevó al piloto del “Dragon Rapide” para asistirle. Pablo y Daniel Gabriel junto con Pingüin fueron recibidos como héroes por todo el público que se encontraba en la exhibición aérea.

El presidente de la Fundación Infante de Orleans les extendió un título de pilotos intrépidos por la hazaña que habían realizado.



Y así, los valientes aventureros se convirtieron en leyendas en la exhibición aérea, con sus nombres resonando en los corazones de todos los presentes.

Desde entonces, los tres aventureros compartieron muchas más experiencias emocionantes. Pero aquel día en Cuatro Vientos siempre ocuparía un lugar especial en sus corazones.



"DRAGON RAPIDE"

El Salto Temporal en El Saeta

Un nuevo domingo y una nueva exhibición. Pablo, Daniel Gabriel y Pingüin estaban a bordo del antiguo avión Saeta, invitados por su piloto habitual del que se habían hecho amigos. La emoción llenaba la cabina mientras el motor rugía y el avión se elevaba hacia el cielo. Pero algo extraño estaba sucediendo. Las nubes parecían distorsionarse, y el paisaje se volvía borroso.

“¿Qué está pasando?”, preguntó Pablo, agarrándose al asiento.

Daniel Gabriel miró por la ventana y vio luces parpadeantes. “Creo que estamos viajando en el tiempo”, dijo con asombro.

Pingüin, siempre listo para la aventura, agitó sus alas de peluche. “¡Quiero ver dinosaurios!”, chilló.

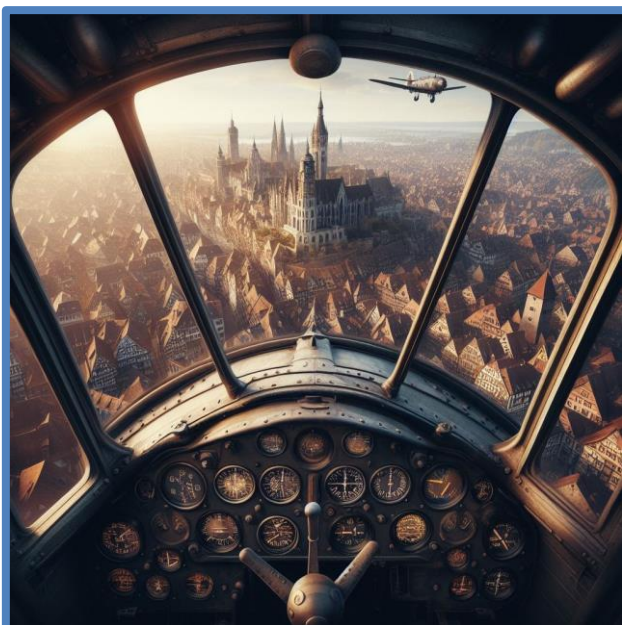


El avión tembló y vibró. De repente, todo se volvió oscuro. Cuando la luz regresó, los niños se encontraron en un cielo diferente. El sol era más brillante, y las nubes tenían un tono extraño.

“¿Dónde estamos?”, preguntó Pablo, mirando a su alrededor.

Daniel Gabriel señaló hacia abajo. “¡Mira!”, exclamó. “¡Estamos sobre una ciudad medieval!”

El avión descendió lentamente, y los niños vieron castillos, caballeros y mercados bulliciosos. La gente vestía túnicas y sombreros puntiagudos. Parecía que habían viajado atrás en el tiempo.





El Saeta aceleró, y los niños se aferraron a sus asientos. El sonido del motor se volvió ensordecedor. Pablo miró a Daniel Gabriel con ojos asombrados. “¿Crees que podemos romper la barrera del sonido aquí también?”

Daniel Gabriel sonrió. “Solo hay una forma de averiguarlo”.

El avión se inclinó hacia arriba, ganando velocidad. Los niños se sujetaron mutuamente mientras El Saeta se lanzaba hacia adelante. El aire vibraba y zumbaba. Y entonces, justo cuando pensaban que no podían soportarlo más, sucedió.



Un estruendo atronador llenó el cielo. El Saeta había roto la barrera del sonido. El mundo se distorsionó a su alrededor, y los colores se mezclaron en un torbellino. Los niños gritaron y rieron al mismo tiempo.



Cuando todo se calmó, se encontraron de nuevo en el aeródromo de Cuatro Vientos. El avión Saeta estaba allí, como si nada hubiera sucedido. Pero los corazones de Pablo, Daniel Gabriel y Pingüin seguían latiendo con la emoción de su increíble aventura en el tiempo.



El Vuelo Intrépido en el T-6 Texan

Pablo, Daniel Gabriel y Pingüin estaban emocionados. Después de su increíble aventura en el avión Saeta, ahora tenían la oportunidad de volar en un **T-6 Texan**, también conocido como “**North American T-6**”. Este monoplano de ala baja era famoso por su robustez y capacidad para maniobras acrobáticas.

El T-6 Texan con su motor de 400 HP parecía el avión perfecto. Requería que el piloto estuviera completamente involucrado durante todo el vuelo: manos y pies en constante movimiento, y la mente alerta. Era un desafío que Pablo y Daniel Gabriel estaban ansiosos por enfrentar con la colaboración de Pingüin.

El día del vuelo, los niños subieron a la cabina del T-6 Texan. El rugido del motor llenó el aire mientras el avión rodaba por la pista. Pablo agarró los controles, sintiendo la vibración a través del volante. Daniel Gabriel estaba detrás de él, observando el horizonte con ojos brillantes.

“¿Estás listo?”, preguntó Pablo.

Daniel Gabriel asintió. “¡Vamos a romper la barrera del sonido!”





El T-6 Texan se elevó, sus alas cortaban el cielo azul. Pablo ajustó el timón y sintió la fuerza G que le empujaba hacia su asiento. Pingüin, parecía emocionado como nunca antes.

Giraron, ascendieron y descendieron. El T-6 Texan respondía con agilidad, y los niños se reían mientras realizaban giros y bucles. Pablo imaginaba que era un piloto de la Segunda Guerra Mundial, defendiendo los cielos contra enemigos invisibles.

Y entonces llegó el momento. Pablo apretó el acelerador, y el T-6 Texan ganó velocidad. El viento silbaba en la cabina mientras el avión se acercaba a la velocidad del sonido. Daniel Gabriel miró a Pablo con determinación.

“¡Vamos a hacerlo!”, exclamó.

El T-6 Texan tembló, y luego, con un estruendo ensordecedor, rompió la barrera del sonido. El mundo parecía romperse en mil pedazos. Un torbellino con destellos eléctricos apareció a su alrededor, y los niños junto con Pingüin se aferraron a sus asientos.



Cuando todo se calmó, estaban de nuevo sobre el aeródromo de Cuatro Vientos. El T-6 Texan descendió suavemente, y los niños saltaron al suelo, llenos de adrenalina y alegría.

“¡Increíble!”, exclamó Pablo.

Daniel Gabriel asintió. “Nunca olvidaremos este vuelo”.

Pingüin, con sus alas de peluche revoloteando, parecía estar de acuerdo. Habían vivido otra aventura inolvidable en el T-6 Texan, un avión que los transportó a los rincones más ocultos del espacio.



El Misterio del Dirigible Perdido

Pablo, Daniel Gabriel y Pingüin estaban en la biblioteca de la Fundación Infante de Orleans. Hojeaban libros sobre aviación y exploración. Pero un libro en particular llamó su atención: “Los Misterios de los Cielos”.

En sus páginas, encontraron una historia intrigante sobre un dirigible perdido en el tiempo. El dirigible, llamado “**Aetherium**”, había desaparecido misteriosamente durante su vuelo inaugural en 1925. Nadie sabía qué había sucedido ni dónde había ido a parar.

Los niños intercambiaron miradas emocionadas. “¿Qué te parece si intentamos encontrar el Aetherium?”, sugirió Pablo.

Daniel Gabriel asintió. “¡Sería una aventura increíble!”

Pingüin, como siempre, agitó sus alas de peluche en señal de aprobación.



Investigaron más y descubrieron que el último avistamiento del Aetherium había sido cerca de las Islas Canarias. Decidieron viajar allí y buscar pistas sobre su paradero.

Al llegar a las Islas Canarias, se encontraron con un anciano llamado Don Manuel, quien recordaba haber visto el dirigible en su juventud. “Era majestuoso”, dijo, “con su brillante estructura plateada y hélices giratorias”.

Don Manuel les contó que el Aetherium había estado realizando experimentos secretos con tecnología de propulsión avanzada. Se decía que podía viajar a través del tiempo y el espacio.

Los niños se emocionaron aún más. “¡Tenemos que encontrarlo!”, exclamó Pablo.

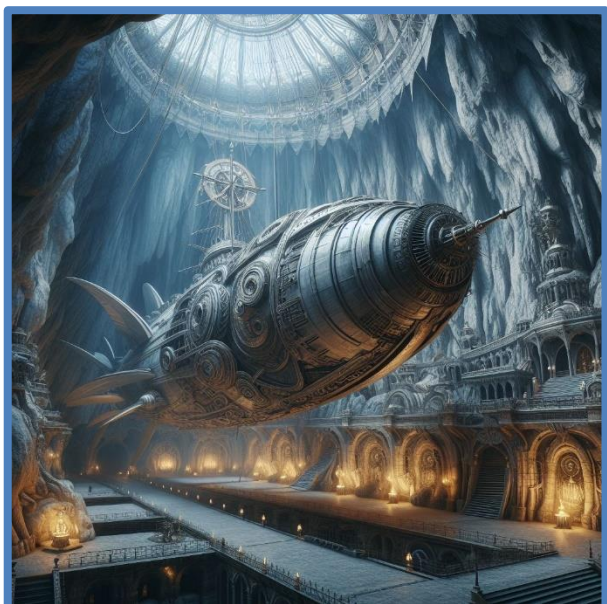
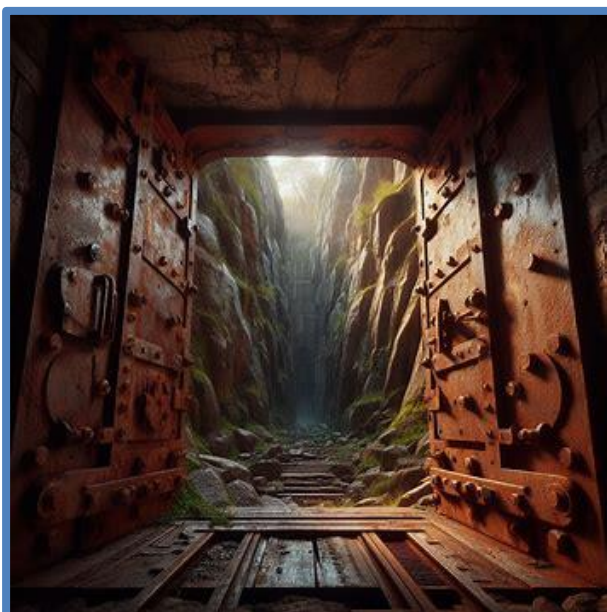
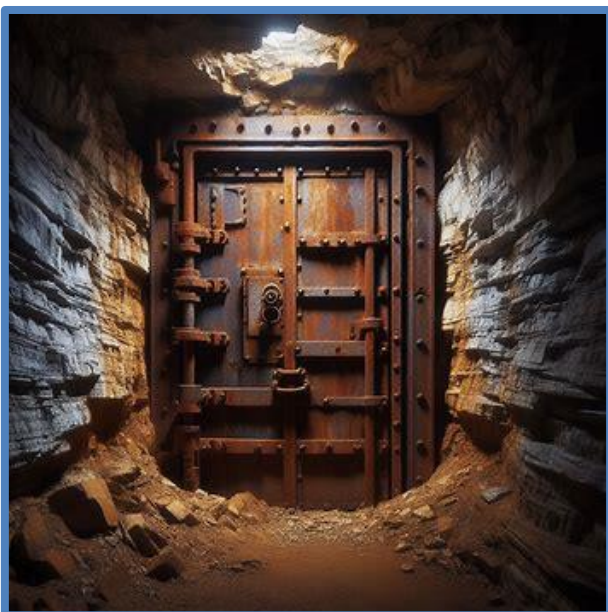
Don Manuel les dio un mapa antiguo que mostraba la última ruta conocida del Aetherium. Los niños se embarcaron en una aventura épica, siguiendo las pistas a través de bosques, montañas y desiertos.



Finalmente, llegaron a un lugar remoto en las montañas. Allí, entre las ruinas de una antigua civilización, encontraron una puerta de metal oxidado. Era la entrada a una caverna subterránea.

Con corazones palpitantes, entraron en la oscuridad. La caverna estaba llena de extraños símbolos y tecnología antigua. Y en el centro, rodeado de luces parpadeantes, estaba el Aetherium.

El dirigible parecía intacto, como si hubiera estado esperando su regreso durante décadas. Los niños y Pingüin subieron a bordo, y el motor cobró vida. Las hélices giraron, y el Aetherium se elevó lentamente.





“¿Hacia dónde vamos?”, preguntó Daniel Gabriel.

Pablo sonrió. “Hacia el pasado o el futuro, quién sabe. Pero estamos listos para descubrirlo”.

El Aetherium se desvaneció en el cielo, dejando atrás las montañas y las ruinas. Los aventureros estaban listos para explorar los misterios de los cielos y encontrar respuestas que cambiarían sus vidas para siempre.

FIN (Continuará...)

